

COLECCIÓN HISPANIOLA, 60

VIAJE A LA MANCHA

EN BUSCA DE UNA NUEVA DULCINEA

© De los textos, Pascual Izquierdo

Mapas: Alfredo F. Alameda

Fotografía del autor: Ángel Aguado

© Confluencias, 2026

www.editorialconfluencias.com

Maquetación: Rodrigo Sepúlveda Cebrián

Revisión general: Eduardo Caro Calvo

Impreso en España

ISBN: 979-13-991434-3-0

Depósito legal: AL 164-2026

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización estricta de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares mediante alquiler y préstamos públicos.

PASCUAL IZQUIERDO

Viaje a la Mancha
En busca de una nueva Dulcinea



CONFLUENCIAS
EDITORIAL

ÍNDICE

PRÓLOGO	13
---------	----

ACERCAMIENTO A ALCALÁ

Investidura	17
-------------	----

PRIMERA SALIDA

JORNADA PRIMERA

I. Encuentro	33
II. Tembleque	35
III. Madridejos	41
IV. Consuegra	47
V. Puerto Lápice	55
VI. Herencia	65
VII. Villafranca de los Caballeros	75
VIII. Alcázar de San Juan (Llegada)	81

JORNADA SEGUNDA

I. Alcázar de San Juan (Salida)	93
II. Campo de Criptana	103
III. Pedro Muñoz	113
IV. Mota del Cuervo	117
V. Quintanar de la Orden	125
VI. El Toboso (Llegada)	133

JORNADA TERCERA

I.	El Toboso (Salida)	147
II.	Regreso	161

SEGUNDA SALIDA

JORNADA PRIMERA

I.	Acercamiento	171
II.	Argamasilla de Alba	175
III.	Castillo de Peñarroya	183
IV.	Ruidera	187
V.	Ossa de Montiel	195
VI.	Munera	201
VII.	Cueva de Montesinos	207
VIII.	Castillo de Rochafriada	213
IX.	Trayecto a Villanueva	219
X.	Villanueva de los Infantes (Llegada)	223

JORNADA SEGUNDA

I.	Villanueva de los Infantes (Salida)	235
II.	Alcubillas y Pozo de la Serna	251
III.	San Carlos del Valle	255
IV.	La Solana y Argamasilla	259
V.	Tomelloso	265
VI.	Trayecto a Belmonte	271
VII.	Belmonte (Llegada)	275

JORNADA TERCERA

I.	Belmonte (Salida)	291
II.	Esquivias	305

NOTAS DE ACTUALIZACIÓN	319
------------------------	-----

AGRADECIMIENTOS	333
-----------------	-----

PRÓLOGO

TRAS NO POCOS ajustes, los partícipes de la expedición, que comenzamos la ruta siendo miembros de la famosa Orden de los Caballeros del Pedal y la terminamos convertidos en militantes de la Orden del Yelmo de Mambrino, pudimos establecer un calendario que nos permitió llevar a cabo la aventura.

Este viaje, inicialmente concebido en dos salidas por tierras de la Mancha, se vio enriquecido por un acercamiento primaveral a Alcalá de Henares, ciudad en la que se habría de celebrar una ceremonia que consistía en armar caballeros a los cofrades, para así cumplir los requisitos exigibles a un peregrinaje que no solo buscaba la belleza, sino también una nueva Dulcinea que alentara los sueños. Y, como cierre, con una visita a la villa de Esquivias, lugar donde el autor del *Quijote*, tras conocer a la joven que habría de ser su esposa, se casó y vivió algún tiempo.

Tuvo lugar la estancia en Alcalá el día 23 de abril; la primera salida (un trayecto que arrancó en Tembleque y culminó en El Toboso), a principios de agosto; y la segunda (que incluyó el epílogo de Esquivias tras recorrer un itinerario que comenzó en Argamasilla de Alba y acabó en Belmonte), a finales de septiembre. Todos los desplazamientos acaecieron en las postrimerías del siglo pasado.

—En agosto se nos van a derretir los sesos en las llanuras manchegas —advirtió Aemilius, muy temeroso en los preliminares.

—Eso forma parte del encanto del viaje —replicó el cronista—. Don Quijote hizo en julio su primera salida.

—Sea como dices —concedió Aemilius—. Disfrutaremos abrasándonos en las planicies, pues a fe que nos va a sudar el hopo.

Otro asunto que requirió debate fue la elección de los lugares. Sabido es que no existe un censo cerrado de topónimos que forme parte del itinerario conocido con el nombre de «Ruta del *Quijote*» y que varios municipios de la Mancha se disputan el honor de ser la patria chica de Cervantes o el privilegio de haber sido escenario de hechos relatados en el libro. Después de consultar diversas publicaciones, quedó acordado el conjunto de localidades que integraba nuestra particular ruta del *Quijote*, restringido a las que, en opinión mayoritaria del grupo, se asocian de una manera más estrecha con Cervantes y su obra.

Una vez resueltas estas y otras cuestiones, se fijaron las fechas, aun a sabiendas de que varios días de calor veraniego por el Campo de Montiel suponían un castigo difícilmente soportable.

Integran la Orden del Pedal dos grupos de cofrades: el de los fundadores y el de los allegados o conversos. Componen el primer núcleo Aloysius, padre prior y tesorero, socarrón consumado y vitalmente próximo a la realidad y sus aristas; el doctor Simon (pronúnciese /*sáimon*/), hermano que se complace en merodear alrededor de la gastronomía más como ejercicio de penitencia que como pecaminoso deleite; Aemilius, hidalgo segoviano, doctísimo varón y escritor de gran talento literario; finalmente, este cronista, que se afana en esculpir un lenguaje que no sea borrado por el tiempo. Falta en la relación Maese, perito en versos y pinceles, que no pudo sumarse a la aventura.

El núcleo de allegados o conversos está formado en este libro por el barón Steinkogler, caballero austríaco afincado en España, y Juansán, deportista incansable que había devorado muchos libros relacionados con la ruta.

Si, tal como el sentido común exige y Javier Reverte recomienda, todo viaje requiere lecturas de preparación, en este se antojaba imprescindible releer el *Quijote* y también asomarse a los textos de Azorín que glosan su estancia en las tierras vinculadas con la obra y la biografía cervantina: *La ruta del Quijote* y *Con Cervantes*. Así lo hicimos.

Con el estímulo de las letras impresas, todos los miembros de la Orden, sobrados de entusiasmo, aunque escasos de preparación física, emprendimos la aventura de visitar los lugares que forman parte de la geografía sentimental y literaria de uno de los libros más leídos del mundo. Pretendíamos no

solo explorar las villas y parajes recorridos por don Quijote de la Mancha, sino también buscar una nueva Dulcinea y luchar contra los desvaríos tecnológicos de la última modernidad.

Alentados por el ejemplo de tan aguerrido caballero, cada uno se encomendó a la dama de sus sueños y se dispuso a iniciar el viaje.

NOTA DEL AUTOR

Este libro refleja las impresiones de un viaje realizado entre abril y octubre del año 1999. Dado el tiempo transcurrido entre la escritura del texto y su publicación, el autor ha contemplado la posibilidad de actualizar sus páginas y también los datos que contienen, tanto los referidos a la situación política y social como los que guardan conexión con el patrimonio artístico y monumental de las localidades visitadas (molinos, museos, castillos, iglesias, casas, palacios, estatuas, esculturas, etc.), sin olvidar los que tienen una vinculación directa con Cervantes y el *Quijote*.

Pero, para no adular el estilo ni la visión que se ofrece, ha creído conveniente mantenerlas tal como fueron escritas en su día, con los mismos términos, referencias y alusiones que reflejan aquella percepción.

No obstante, debido a los cambios más significativos producidos en los últimos años (cierre de un museo, apertura de uno nuevo, restauración de un edificio, renovación de una plaza, etc.), se ha añadido un apartado, titulado «Notas de actualización», en el que se trasladan los apuntes tomados en los viajes hechos a finales de 2023 y a lo largo de 2024. Tales apuntes reflejan la nueva realidad de los detalles y lugares mencionados en el libro —y relacionados con Cervantes— que han sufrido una mayor transformación.

Se marca con asterisco (*) todo lo que ha sido puesto al día.

Aunque aparezcan en escenarios concretos y desempeñen funciones precisas, los personajes que desfilan a lo largo de este Viaje a la Mancha. En busca de una nueva Dulcinea son solo eso: personajes literarios y no personas concretas. Excepto pueblos, templos, calles, plazas y paisajes, todo es ficticio en este texto. El retablo de curas, enseñantes de molinos, museos, conventos, casas, mozos de comedor, mozas diversas, interlocutores múltiples y demás personajes que aparecen son seres de ficción. Los hechos que se narran pertenecen a la fantasía novelesca. Cualquier posible parecido o semejanza con la realidad no sería otra cosa sino suceso accidental o mera coincidencia.

ACERCAMIENTO A ALCALÁ

INVESTIDURA

AÚN SE VEÍAN cigüeñas en las torres y sol en los tejados cuando aquel viernes veintitrés de abril llegamos a Alcalá. Todavía la luz iluminaba los blasones. Todavía el crepúsculo envolvía las cúpulas mientras el silencio comenzaba a enmudecer los patios.

Poco a poco, sorteando el tráfico, nos fuimos acercando al corazón histórico de la ciudad que vio nacer al autor del *Quijote*. Bullía la vida por las calles: prisa de transeúntes, ruido de vehículos, vértigo de urgencias cotidianas. Pasaban veloces las siluetas, se movían rápidos los coches, se desplegaba, con su habitual capacidad de seducción, el lenguaje de los escaparates.

Sonaron las siete en la gran plaza alcalaína. Templete decimonónico, fachadas alineadas, soportales en dos lados. Sobre un pedestal se alza la estatua de Cervantes que en 1879 fundió en bronce Pedro Nicoli. Gorguera, herreruero, calzas acuchilladas. Una espada muy larga cuelga de su cintura. Mientras con la mano derecha aprieta la péñola, con la izquierda sujeta un papel doblado, acaso el acta de bautismo que acredita que en Alcalá de Henares nació este genio de las letras que admiró la filigrana plateresca de la Universidad, recorrió las plazas y las calles, y pisó las baldosas que entonces sostenían el andamiaje de la vida diaria.

Según se indicaba en la convocatoria, debíamos acudir a la cita todos los miembros de la antigua Orden Monástica del Viaje, pues, además de asistir al acto cultural previsto, era imprescindible tomar decisiones relativas a la mudanza de estatutos y nombre. Por si lo anterior fuera poco, teníamos que celebrar una ceremonia de capital importancia, sin la cual carecía de sentido emprender el viaje por las tierras de la Mancha.

Plácemes y saluciones. Abrazos efusivos. Preguntas interesándose por lo que había acontecido desde el último encuentro. Especialmente locuaz se veía al doctor Simon, que había tenido la gentileza de venir desde Cantabria solo para participar en el capítulo general de la Orden. Socarrón como siempre, el prior Aloysius no desperdiciaba la ocasión para burlarse de lo humano y lo divino. Muy jocoso se mostraba Juansán, alto y atlético, sin una sombra de preocupación en el semblante. El barón Steinkogler, bien integrado en la cultura española, sonreía feliz. Vestido con inusual elegancia, estaba presente el muy docto Aemilius, quien no mostraba signo alguno de inquietud ante la actuación que poco después iba a protagonizar.

—La estatua se orienta al crepúsculo y no al alba —señaló Juansán.

Nadie hasta entonces había advertido ese detalle. Efectivamente, la imagen de Cervantes, de espaldas a la luz de la mañana, mira al día que declina, a las esperanzas que se apagan.

—Dejemos los lirismos para otra ocasión —reclamó Aloysius, dando a entender que disponíamos de poco tiempo y debíamos pasar a la siguiente secuencia narrativa.

—Hay margen para visitar la iglesia donde fue bautizado Cervantes.

—¿Queda algo de ella? —preguntó Juansán.

—La torre de ladrillo y parte de los ábsides.

Con paso lento y reposado nos acercamos al lugar donde estuvo el templo de Santa María la Mayor, que, a mediados del siglo xvi, acogió la capilla del Oidor. Una vez allí, Aemilius comenzó a explicar la historia del edificio.

—Esto no es una excursión turística —apremió Aloysius—. Vamos a llegar tarde si nos detenemos en tanto pormenor.

Entramos en la capilla tras sobrepasar el arco que franquea el paso.

—Con permiso del prior, cabe decir que nos hallamos en el panteón funerario construido a comienzos del siglo xv por Pedro Díaz de Toledo, oidor del rey Juan II de Castilla.

—¿Y la pila bautismal? —inquirió el doctor Simon.

—Fue traída en 1905. Y se hizo desde la torre.

Una vez esclarecida esta cuestión, nos centramos en el examen de la pieza arqueológica. Dimos vueltas alrededor de la copa, deteniéndonos en los dibujos geométricos que la adornan.

—Hay que tener en cuenta que tanto la capilla como la pila han sido reconstruidas. La primera fue incendiada en 1936; y la segunda, destrozada dos años más tarde.

Examinamos con renovada atención las paredes de un recinto concebido para acoger el silencio de la muerte que, por arte de aquel símbolo fecundador, se había transformado en un escenario capaz de abrir las puertas de la posteridad. Aquí gimoteó un recién nacido que se llamaba Miguel y habría de asombrar al mundo. Aquí sintió el húmedo contacto con la realidad, y quizás vislumbró el albor de un tiempo nuevo que le habría de llevar a la gloria universal.

—Demasiado solemne —censuró Aloysius—. Llaneza, señor cronista, y no se eleve usted a las cumbres de la altisonancia.

Miramos con asombro al prior, quien hasta entonces nunca había osado asumir el papel de crítico literario.

—No comparto el dictamen —protestó Aemilius—. Esas palabras vienen aquí como de molde.

—Muy cervantino estás —apuntó Juansán.

—Es un vicio que arrastro desde que, siendo niño, leí el *Quijote* en la biblioteca de Tejares. —Antes de proseguir, el muy docto Aemilius, que domina como nadie el uso de los recursos expresivos, hizo una pausa que sirvió para estimular la atención de los cofrades y añadió—: La pila donde fue bautizado el novelista fue rehecha en 1947 con los fragmentos que se pudieron rescatar.

—¿Con todos?

—Menos con el que se entregó a Franco en los años cuarenta.

—¿Ha sido devuelto? —quiso saber el prior Aloysius.

—Aún lo está esperando el Ayuntamiento de Alcalá.

Se acercó el hidalgo segoviano a una de las esquinas del recinto.

—En esa urna se guarda una edición facsímil del libro parroquial, abierto en las páginas que contienen el acta de bautismo de Cervantes.

Ya que el texto estaba impreso en uno de los paneles explicativos, Aemilius leyó con voz emocionada:

En domingo, nueve días del mes de octubre. Año del Señor de mil e quinientos e quarenta e siete años fue bautizado Miguel, hijo de Rodrigo de Cervantes e su mujer doña Leonor, fueron sus compadres Juan Pardo.

Baptizole el Reverendo señor bachiller Serrano, Cura de nuestra Señora. Testigos Baltasar Bázquez, sacristán, e yo que le baptizé e firmé de my nombre. Bachiller Serrano.

Eran las ocho de la tarde cuando estábamos reunidos alrededor de la estatua de Cervantes. Tras finalizar su intervención, el muy docto Aemilius se despidió de los presentes aduciendo que tenía que ultimar los detalles de su conferencia.

En lo alto del pedestal, el autor del *Quijote* examinaba el término del día, contemplando cómo la luz agonizaba sobre troneras y tejados, sobre colegios mayores y menores, sobre claustros y patios.

—Vamos a llegar tarde —advirtió Aloysius.

—¿Dónde se encuentra la sala?

—Al final de la calle Mayor. Diez minutos andando.

Nos dimos prisa en recorrer el trayecto. Fluía la vida bajo los soportales. Pasos, voces, rumores, estrépito del torrente cotidiano que se arrastra en la vorágine. Una explosión de dinamismo, de siluetas que se cruzan, de palabras que se pierden, de miradas que arden.

Por encontrarse casi todas las butacas ocupadas, cada uno se sentó donde pudo.

Como especialista en el *Quijote* y responsable de diversas colecciones editoriales fue presentado el muy docto Aemilius. En aquellas palabras iniciales no se aludió a su condición de miembro de la antigua Orden Monástica del Viaje.

El conferenciante, tras mostrar su gratitud ante los elogios, comenzó la disertación sobre el tema «¿Quién finge? O el juego de espejos en el *Quijote*». Sus primeras palabras fueron las siguientes:

La literatura se nutre de la imaginación, por más que hunda sus raíces —o sus uñas— en la más cruda y dura realidad. Digo uñas, porque ya Vargas Llosa nos recordó que «los escritores, como los buitres, se alimentan preferentemente de carroña».

* * *

Aemilius agradeció los deseos de agasajo expresados por los organizadores del acto, pero declinó compartir con ellos las celebraciones posteriores.

Le esperaban los cofrades para iniciar la sesión de investidura, prevista en la liturgia comunitaria desde hacía varios meses.

—Me ha gustado tu definición de Dulcinea —dijo Juansán.

—He tratado de actualizar el concepto cervantino.

—Pero al considerar que puede representar no solo el ideal caballeresco sino cualquier forma de belleza, se universaliza su función y su figura.

—Yo quería decir que, en los tiempos actuales, Dulcinea se podría encarnar en una silueta de mujer, en un perfume insólito, en una nota de música o en la sublimidad de un verso.

Interrumpió la plática el prior Aloysius llamando al cumplimiento de las obligaciones.

—No es tiempo de cháchara, sino de ponerse a trabajar.

—Antes tendremos que cenar —sugirió el doctor Simon.

—No está previsto en el programa.

—¿Cómo vamos a soportar la ceremonia con el estómago vacío?

Se desató un breve debate. No resultaba baladí la objeción formulada por aquel benemérito miembro de la cofradía, siempre preocupado por los asuntos gastronómicos y la salud de los hermanos. Nos esperaba una larga jornada, difícil de sobrellevar sin ingerir alimentos.

La antigua Orden Monástica del Viaje, siempre inclinada hacia todo género de goces, tampoco necesitó esta vez un empuje especial para sucumbir a la tentación. Así pues, se aprobó de forma unánime la propuesta del doctor.

—¿Adónde tiene vuestra merced previsto que vayamos a yantar? —preguntó el muy docto Aemilius.

—He reservado mesa en la Hostería del Estudiante.

—Que me place.

Vestidas con atuendos típicos, varias empleadas atendieron nuestras demandas en un comedor que lucía vigas de madera barnizada, suelos de ladrillo rojo y paredes con tonos pastel.

Desde nuestra mesa se veían las piedras del patio Trilingüe, esa armónica geometría culminada en 1570 por Pedro de la Cotera y su ayudante, Pero Gil. Universo de líneas y formas configurando una expresión artística inscrita en las coordenadas de su tiempo: arcos carpaneles, medallones, pilastras, ventanas y pináculos.

Por encima del murmullo de las conversaciones y del ruido de cubiertos se oía, muy a lo lejos, el eco de los gritos que en el Paraninfo acompañaron

un día los exámenes de grado: vítores y aplausos. La voz del candidato inicia un parlamento —siempre en latín—, con el temor de que sus palabras sean ahogadas por los silbidos de los adversarios.

—Señores, cambio de tercio —anunció el prior Aloysius nada más salir de la Hostería—. Ahora toca trabajar.

—Cambio de tercio y de vestuario. ¿No es así? —inquirió Juansán.

—Así es. La ceremonia debe realizarse con los atavíos adecuados.

Tal como las instrucciones precisaban, acudimos al lugar donde habíamos aparcado los coches para armar las bicis y mudar de hábito.

Pocos minutos antes de las once, cuando la ciudad se disponía a vivir una aburrida noche de viernes, el grupo se encontraba frente a la fachada plateresca de la Universidad. No tuvimos tiempo de analizar la riqueza iconográfica de aquel vasto retablo de símbolos trazado por Gil de Hontañón, pues cierto rumor de llaves reclamó nuestra atención.

Una silueta salió del interior del edificio y auscultó las sombras.

—¡Rápido! ¡Dense prisa! —apremió, entreabriendo la puerta.

Nos recibió la solemnidad arquitectónica que presenta el patio de Santo Tomás de Villanueva. La penumbra añadía elegancia y misterio a los tres pisos diseñados por Juan Gómez de Mora.

Mientras aguardábamos junto al pozo que se adorna con cisnes enfrentados, la figura furtiva se adelantó para abrir la cancela.

—Señores, mi misión ha concluido —dijo en un susurro que reclamaba el pago.

El prior Aloysius, cajero de la orden, satisfizo la cantidad convenida. La silueta desapareció entre los arcos.

Apenas se percibían los ruidos nocturnos mientras avanzábamos por el patio de Filósofos. En los muros, entre los intersticios de las piedras, resonaba la risa de los antiguos estudiantes y la bulla de criados. Y en las losas de granito que alfombran el suelo, la huella dejada por los alumnos que destacaron por su fecundidad poética o sus dotes de ingenio: Lope de Vega y Francisco de Quevedo.

Estaba previsto velar armas en el patio Trilingüe. Allí, junto al brocal del pozo, en compañía de los arcos de medio punto y los cipreses que dibujan su perfil por encima de las tejas, habríamos de pasar la noche pensando en las proezas que debíamos acometer y rindiendo tributo de amor y vasallaje a la señora que gobernaba nuestros sueños.

Llegamos al patio Trilingüe envueltos en una mezcla de temor y cautela. Brillaba entonces la luna con estertor nostálgico. Desde tres lugares diferentes, los cipreses alzaban su amenaza de enhiesto surtidor de sombra y de misterio.

—¡Qué oscuro está todo! —susurró el barón Steinkogler.

—¡Silencio! —exigió Aloysius—. Ahora no se puede hablar.

Sin pronunciar palabra, colocamos las bicis alrededor de las piedras del brocal. Luego, como preparación de la liturgia que iba a comenzar, iniciamos una ronda de paseos por las galerías del patio.

Apenas se oía el bullicio de la noche. Solo risas sofocadas, rumor de gritos lejanos, eco de besos que estallaban. No pasaban coches por la calle de los Colegios, ni tampoco esas cuadrillas de jóvenes que parecen arrasarlo todo con sus voces brutales y sus gozos primarios.

—¡Pschit! ¿Habéis visto?

Quien hacía signos y visajes no era otro sino el prior Aloysius, el cual no cesaba de pedir que nos aproximáramos. Se había detenido cerca de la entrada al Paraninfo y señalaba los signos escritos en el muro.

—¿Habéis visto? Parece un cementerio.

No pudo contener la risa el muy docto Aemilius. A pesar de las sombras, era posible leer el siguiente conjunto de nombres: Antonio de Nebrija, Juan de Vergara, Diego López de Zúñiga, Hernán Núñez, Demetrio Ducas, Alonso de Zamora, Alonso de Alcalá y Pablo Coronel.

—Son muertos, ciertamente —aseguró Aemilius tras recobrar la seriedad—. Pero muertos ilustres. Todos han pasado a la historia de la erudición.

—¿Qué méritos tienen en su haber? —quiso saber Juansán.

—El ser los autores de la *Biblia Políglota*.

Los cofrades de la antigua Orden Monástica del Viaje, que muy pronto iban a convertirse en caballeros del Pedal, continuaron su caminar bajo los arcos. Tal como exigía el protocolo de la ceremonia que se estaba oficiando, preparaban su corazón para los desafíos que habrían de afrontar a lo largo del viaje por las tierras de la Mancha.

A eso de las tres de la mañana, cuando el cansancio comenzaba a hacer estragos en la fortaleza de los paseantes, se oyó un sonido de llaves.

—Ya viene —anunció el prior Aloysius.

Los novicios en capilla abandonaron sus cavilaciones y acudieron a la verja de entrada para recibir al personaje que esperaban.

Un hombre de unos cincuenta años, pálido y delgado, de barba entrecana y pelo cortado al rape, hizo su aparición dando un traspiés.

—¡Maldita sea! Casi me caigo —exclamó, con deje de borracho.

Iba acompañado de una mulata —carnes prietas y curvas cimbreantes— que caminaba a su lado sin comprender lo que estaba sucediendo.

El recién llegado, alto cargo de la institución universitaria, hizo una señal que invitaba a congregarnos alrededor del pozo mientras, para no caerse, se apoyaba en las piedras del brocal.

—Supongo que no hará falta subrayar que nos encontramos en la cuna de Cervantes —enunció con solemnidad, aunque con dificultades de arrastre.

—Puede ahorrarse el exordio —aconsejó Aemilius—. También obviar las referencias a la *Biblia Poliglota* y a la *Gramática* de Nebrija.

—Abreviemos entonces.

A pesar de su mirada vaporosa y sus ojos errátiles, dirigía con frecuencia la vista a la mulata, solo para implorarle comprensión por el tiempo dedicado a aquella actividad que le impedía gozar de sus intimidades.

La autoridad complutense llevó la mano a su costado izquierdo.

—¡Mierda! ¡He olvidado la espada! —exclamó desolado.

—¿Qué espada? —preguntó el barón Steinkogler.

—Una especial que había encargado —puntualizó el alto cargo.

—La que iba a utilizar para armarnos caballeros —amplió el prior Aloysius.

Aprovechó la ocasión el muy docto Aemilius para explicar a los cofrades que se quería imitar la ceremonia de investidura que, desde los tiempos de Alfonso VI, se ejecutaba en el monasterio de las Huelgas. Allí se conserva la imagen articulada de Santiago que se empleaba en el acto de armar caballero al rey, quien luego armaba al resto.

A pesar de las brumas étlicas, el profesor dio muestras de una notable capacidad de improvisación. Tras rogarle a su acompañante que esperara un poco más, se encaminó veloz a su despacho y regresó con un ejemplar facsímil de la edición del *Quijote* preparada por Juan de la Cuesta.

—Esto servirá —dijo arrastrando las sílabas.

Tomó el volumen y dando con él un golpe en la cabeza al arrodillado Aloysius («para que se te otorgue el don de la clarividencia») y otro en cada

uno de sus hombros («para que el valor nunca te abandone»), pronunció las palabras litúrgicas:

—Por la autoridad que me ha sido conferida, te declaro miembro de la Orden del Pedal.

—Falta la doncella que ciña la espada y calce las espuelas —denunció Juan-sán, mirando a la mujer allí presente.

Hizo esfuerzos el rector para contener la risa al oír que se llamaba doncella a quien estaba muy lejos de serlo. Tras recobrar la seriedad, respondió:

—En este caso, se puede excusar esa parte del ritual.

Acentuó entonces las muestras de impaciencia la mulata, dando a entender que no había sido contratada para presenciar una ceremonia tan extravagante.

—Ya verás cuando extienda la factura —se le oyó rezongar.

Esbozó un gesto enérgico el docente disolviendo el conato de protesta. Mientras demandaba que otro candidato ocupara el lugar abandonado por Aloysius, tuvo tiempo de decir:

—Primero, la cultura; la lujuria, después. Aunque podrán cambiar las prioridades si las circunstancias lo requieren.

Bajo el sacerdocio de la luna, el académico fue nombrando caballeros a los integrantes de la antigua Orden Monástica del Viaje, congregación que, para acomodarse a las necesidades de los actuales tiempos, mudaba de nombre y de preceptos pasando a llamarse Orden del Pedal.

No cuatro días, sino cuatro semanas habían necesitado los cofrades para elegir el nuevo apelativo, que les pareció alto, sonoro y elegante, y que se ajustaba a las hazañas que pensaban acometer. Tras no pocos debates, al final dieron en autotitularse caballeros de la Orden del Pedal —o caballeros del Pedal a secas— por realizar sus desplazamientos a lomos de esos rocines mecánicos que llaman bicicletas.

Terminada la investidura y despedidos el ministro y su acompañante, reventaban de gozo los allí presentes al sentirse miembros de una comunidad que iba a emprender aventuras nunca vistas por el Campo de Montiel. La luna, mientras tanto, lenta y lacónica, asomaba su fulgor sobre arcos, cipreses, ventanas y pináculos.

A pesar de haber sido armados caballeros, la ceremonia prescribía que los neófitos de la orden pedaliega debían permanecer en el escenario de investidura hasta despuntar el alba.

* * *

Habían pasado casi dos horas desde la marcha del alto cargo universitario cuando oímos un ruido. Alarmados por la amenaza de peligro, suspendimos los paseos y nos ocultamos detrás de las columnas.

Hasta el brocal del pozo vimos acercarse un bulto que, a hurto de su propia sombra, avanzaba con grandes precauciones.

Llegó por fin al centro del escenario y allí, después de hurgar entre las ropas, sacó un papel. Luego tornó a rebuscar en los bolsillos hasta encontrar una linterna.

Tras mirar el redondel de la luna y el abismo del pozo, el bulto comenzó a leer un poema de amor.

—En nada se parece este poeta al arriero que quería dar de beber a su recua —señaló Juansán, en un susurro imperceptible.

—Cambian los escenarios y los siglos. Los personajes deben acomodarse a las exigencias de su tiempo —dictaminó Aemilius.

Íbamos a irrumpir en el patio con el fin de consolar al desdichado vate cuando hizo su aparición una inesperada turba de capas y bandurrias. La tuna, advertida de la desazón sentimental que aquejaba a uno de sus miembros, había seguido los pasos del doncel.

En compañía de la luna, los miembros del grupo estudiantil cantaron una canción de repertorio junto al brocal del pozo y luego se llevaron consigo al herido de amor.

Todo volvió al sosiego al disiparse el son de las bandurrias y el flamear de las capas. En el momento en que las piedras recobraron su silencio centenario salimos del escondrijo y volvimos a pasear, con deleite razonable, por las losas del claustro.

Nos hallábamos ya próximos al alba cuando advertimos el trazo de una sombra que cruzaba el patio de Filósofos.

—¿Otro poeta? —preguntó el doctor Simon, despertando del sueño.

—Esta vez parece una mujer —aventuró el prior Aloysius.

—Confirmémoslo.

Nos encaminamos al patio de Filósofos. Recorrimos el pasillo central y las aceras laterales, pero solo encontramos una intensa fragancia impregnando los átomos.

—Por el perfume, es una mujer —dictaminó el barón Steinkogler.

—Que utiliza una de las marcas más caras del mercado —precisó el doctor Simon.

—Ahora resulta que se nos va a aparecer una nueva Dulcinea —exclamó el prior Aloysius con un apunte de burla.

Resonaron entonces las palabras pronunciadas por el muy docto Aemilius cuando en su conferencia se refería tanto a las formas en que puede manifestarse la belleza como a la dificultad de su percepción.

¿Cómo saberlo? Solo queda la ingrata tarea de permanecer al acecho espiando los brotes de emoción, vigilando el corazón y sus límites, atentos al lenguaje y su impostura, observando la realidad y la constante transgresión de sus fronteras que, de manera continuada, lleva a cabo la fantasía, la imaginación o la locura.

—Sea lo que sea, hay que encontrarlo —enfaticó Juansán, encabezando la vanguardia de caballeros que, desde el patio de Filósofos, pasaba al de Santo Tomás de Villanueva.

Recorrimos la galería del primer piso, pero no hallamos otra cosa sino bajorrelieves con imágenes esculpidas en granito. Estábamos enfrascados en la exploración cuando nos sorprendió una risa de cristales y gárgolas que sonaba en el centro de aquel escenario.

Nos asomamos presurosos, pero solo vimos un destello que desaparecía. Fue un relámpago que se desvaneció al instante entre las piedras.

Molestos por no haber sido capaces de atrapar la figura o de esclarecer su misterio, retornamos al patio Trilingüe. Ya se intuía en el aire el primer brote del alba. En el cielo comenzaba a dibujarse una luz que quebraba el espesor de la penumbra.

Los caballeros del Pedal, gozosos por el éxito de la ceremonia, tomaron consigo los pertrechos y abandonaron el recinto.

La ciudad seguía dormida, a pesar del resplandor que empezaba a germinar detrás del horizonte.

Todavía la claridad no llegaba a las veletas ni a las torres, aunque poco faltaba ya para que alzara en los tejados su estatura de arcángel.

Hacía frío.

Avanzamos entre las sombras derrotadas y las casas ateridas.